

---

## EL ORIGEN DE LA PERSONALIDAD

---

por Alexander Thomas, Estela Chess y Herbert G. Birch

Las madres, las enfermeras y los pediatras están bien al tanto de que los infantes empiezan a expresarse como individuos desde el momento del nacimiento. El hecho de que cada niño parezca tener un temperamento característico desde sus primeros días, lo han sugerido también Sigmund Freud y Arnold Gesell. En los últimos años, sin embargo, muchos psiquiatras y psicólogos parece que han perdido de vista este hecho. En su lugar, han tendido a enfatizar la influencia del primitivo ambiente del niño cuando discuten el origen de la personalidad humana.

Como médicos que hemos tenido frecuentes ocasiones de examinar los antecedentes familiares de chicos perturbados, nosotros empezamos hace muchos años a encontrar razones para poner en cuarentena el prevalente y unilateral énfasis sobre el ambiente. Encontramos que algunos niños con graves problemas psicológicos, habían tenido una educación familiar que no difería esencialmente del ambiente de otros chicos que no manifestaron ningún problema grave. Por otra parte, se encontró que algunos chicos estaban libres de serias perturbaciones de la personalidad, aunque habían experimentado una grave desorganización familiar y un deficiente cuidado paterno. Incluso en los casos en que la mala dirección paterna era obviamente responsable de las dificultades de personalidad del chico, no había ninguna relación consistente o predecible entre el tratamiento de los padres y los síntomas específicos del chico. El trato dominante y autoritario de los padres, podría hacer a un joven ansioso y obediente y, a otro, desafiador y antagonista. Esta imposibilidad de hacer una predicción parecía ser la consecuencia directa de omitir un importante factor de la evaluación: el temperamento propio del chico, esto es, su propio estilo individual de responder al medio ambiente.

Podría inferirse de estas opiniones que rechazamos la tendencia ambientalista a subrayar el papel de las circunstancias que rodean al chico y la influencia de sus padres (particularmente la madre) como factores principales en la formación de la personalidad, y que, en lugar de ello, favorecemos el concepto constitucional de que la personalidad es, en gran parte, algo innato. En realidad rechazamos ambos conceptos, tanto el de “crianza” como el de “naturaleza”. Uno u otro de ellos son, por sí mismos, demasiado simplistas para dar cuenta del intrincado juego de fuerzas que forman el carácter humano. Nuestra hipótesis es la de que la personalidad se va conformando por la acción recíproca constante del temperamento y el medio.

Decidimos someter a prueba este concepto realizando una investigación sistemática a largo plazo de las diferencias en las reacciones de la conducta de los infantes. El estudio estaba destinado a determinar si estas diferencias, persistían o no durante la niñez, y se centraba en cómo interaccionan los rasgos de la conducta del chico con elementos específicos de su medio

ambiente. Aparte de satisfacer la curiosidad científica, las respuestas a estas preguntas ayudarían a padres y a profesores -y a los psiquiatras- a promover el sano desarrollo de la personalidad.

Tras mucha exploración preliminar, desarrollamos técnicas para reunir y analizar la información sobre diferencias individuales en características de la conducta en los primeros meses de vida para categorizar estas diferencias y para identificar la individualidad en cada estadio de la vida de un niño. Esta técnica consistía en obtener descripciones detalladas de la conducta de los niños mediante entrevistas estructuradas con sus padres a intervalos regulares, empezando cuando el niño había alcanzado la edad de dos o tres meses. Controles independientes realizados por observadores adiestrados, establecían si las descripciones de la conducta de los chicos suministrada por los padres en estas entrevistas podían aceptarse como fiables y significativas.

Analizando los datos, identificamos nueve características que podían puntuarse en forma fiable en una escala de tres puntos (medio, alto y bajo); (1) nivel y extensión de actividad motora; (2) la periodicidad, o grado de regularidad de funciones tales como comida, eliminación y el ciclo de sueño y vigilia; (3) la respuesta a un nuevo objeto o persona en términos de si el chico acepta la nueva experiencia o se retira de ella; (4) la adaptabilidad de la conducta a los cambios en el medio; (5) el umbral de sensibilidad a los estímulos; (6) la intensidad o nivel de energía de las respuestas; (7) el estado de ánimo general del chico o “disposición”, si alegre o dado al llanto, agradable o testarudo, amistoso o inamistoso; (8) el grado de distractibilidad del chico de lo que está haciendo; (9) la extensión de la atención del chico y su persistencia en una actividad.

La serie de apreciaciones en estas nueve características define el temperamento, o perfil de la conducta, de un chico, y el perfil es discernible incluso a una edad tan temprana como la de dos o tres meses. Encontramos que las nueve cualidades se podían identificar y apreciar en una amplia diversidad de muestras de la población que estudiamos: chicos de clase media, chicos de clase trabajadora, puertorriqueños, chicos mentalmente retrasados, chicos prematuros y chicos con rubeola congénita (“sarampión alemán”). Otros investigadores, en los Estados Unidos y fuera de ellos, han identificado la misma serie de características en los niños.

Equipados con este medio de coleccionar y analizar los datos requeridos sobre los niños individuales, a través de entrevistas modelo con sus padres, procedimos a nuestro estudio a largo plazo del desarrollo de un gran grupo de niños. Obtuvimos la espontánea colaboración de 85 familias, con un total de 141 niños, que se avinieron a permitirnos seguir el desarrollo de sus y niños desde el nacimiento durante un período de años que, por ahora, pasa ya de una década. Los padres han cooperado magníficamente en todas las entrevistas y tests, y en los 14 años desde que el estudio comenzó, sólo se han retirado cuatro familias (con cinco chicos). A fin de evitar complicar el estudio teniendo que considerar una diversidad de influencias socio-económicas, limitamos el estudio a un grupo homogéneo que se componía principalmente de familias bien educadas dedicadas a las profesiones liberales y a los negocios.

Hemos observado el desarrollo de los chicos durante su período preescolar y en los años del jardín de la infancia y la escuela elemental. Los padres han sido entrevistados a intervalos frecuentes, de manera que se han obtenido descripciones de la conducta de los chicos mientras la memoria de los padres estaba todavía fresca en cuanto a lo relatado. Las entrevistas se han centrado en detalles fácticos de como se comportaban los chicos en situaciones específicas, evitando en la medida de lo posible las interpretaciones subjetivas. Hemos suplementado las entrevistas paternas con la observación directa y con la información obtenida de los profesores de los chicos. También se ha examinado a los chicos con varios tests psicológicos. Los jovencitos que han dado pruebas de perturbaciones de la conducta han recibido un completo examen psiquiátrico. Los datos detallados del comportamiento recogidos sobre todos los chicos se han analizado estadística y descriptivamente.

Nuestra exploración preliminar ya había contestado a nuestra primera cuestión: Los chicos sí que dan muestras de una clara individualidad temperamental en las primeras semanas de la vida, independientemente del trato de los padres o su estilo de personalidad. Nuestro estudio a largo plazo ha establecido ahora que las características originales de temperamento tienden a persistir en la mayoría de los chicos con el paso de los años. Esto queda claramente ilustrado con dos ejemplos sorprendentes. Donald exhibía un nivel de actividad extremadamente alto casi desde el nacimiento. A los tres meses, referían sus padres, se revolvía y meneaba mucho mientras dormía en su cuna. A los seis meses nadaba como un pez mientras le bañaban. A los 12 meses, todavía se retorció constantemente mientras se le vestía o bañaba. A los 15 meses era "muy rápido y ajetreado" sus padres encontraban que "siempre estaban corriendo tras él". A los dos años estaba "en constante movimiento saltando y trepando". A los tres años "trepaba como un mono y corría como un cachorro al que acaban de dar suelta". En el jardín de la infancia su profesora informaba humorísticamente que "se colgaba de las paredes y trepaba hasta el techo". Cuando llegó a los siete años, Donald encontraba dificultades en la escuela porque era incapaz de permanecer sentado el tiempo suficiente para aprender algo y molestaba a los otros chicos moviéndose rápidamente por la clase.

Clem ejemplifica al chico que puntúa alto en intensidad de reacción. A los cuatro meses y medio chillaba cada vez que lo bañaban, según el relato de sus padres. Sus reacciones "no discriminaban -todo o nada-". A los seis meses, mientras le daban de comer chillaba "a la vista de la cuchara que se aproximaba a su boca" A los nueve meses y medio estaba generalmente "o de muy buen humor, riendo o haciéndolo entre dientes", o si no chillando. "Reía tan fuerte jugando al escondite que le daba hipo". A los dos años sus padres referían: "Chilla como si le estuvieran matando cuando le visten". A los siete contaban: "Cuando se siente frustrado, como, por ejemplo, cuando no manda muy lejos una pelota, se pone a dar vueltas, su voz sube al tono más alto, sus ojos enrojecen y a veces se llenan de lágrimas. Una vez, cuando esto le ocurrió, subió a su habitación y estuvo chillando media hora".

Desde luego que el temperamento de un chico no es inmutable. En el transcurso de su desarrollo, las circunstancias ambientales pueden realzar, hacer disminuir o modificar de algún otro modo sus reacciones y su conducta. Por ejemplo, el comportamiento puede hacerse rutinario en varias áreas, de manera que las características temperamentales básicas no son ya evidentes en estas situaciones. La mayoría de los niños llegan a aceptar e incluso a experimentar placer en el baño, cualesquiera que puedan haber sido sus reacciones iniciales. Las características, sin embargo, usualmente permanecen presentes, y pueden afirmarse en situaciones nuevas incluso en la forma de una reacción inesperada y desconcertante. Una ilustración de esto la tenemos en el caso de una chica de 10 años que había mostrado una buena adaptación a la escuela. Al entrar en el quinto grado, Grace fue transferida de una pequeña escuela a otra grande y nueva que estaba claramente dividida en secciones y era mucho más metódica. El cambio la hizo caer en un estado de agudo temor y preocupación. Sus padres estaban atónitos porque Grace tenía muchos amigos y siempre le había ido muy bien en los estudios. Al repasar su historia, sin embargo, encontramos que había dado muestras de reacciones de retraimiento ante nuevas situaciones durante la infancia y también al entrar en el jardín de la infancia y en el primero y segundo grado. Sus padres y Grace se habían olvidado de estas tempranas reacciones, porque desde el tercer grado en adelante ella era enteramente feliz en la escuela. A la luz de la historia primera, ahora se hacía evidente que el miedo de Grace ante el cambio a la nueva escuela, que la hacía enfrentarse con una nueva organización escolar, con nuevos compañeros de estudios y un nuevo nivel de exigencia académica, despertaron en ella su tendencia fundamental a retirarse de las situaciones nuevas ya adaptarse lentamente a ellas.

No todos los chicos de nuestro estudio han mostrado una constancia básica de temperamento. En algunos ha habido aparentemente cambios en ciertas características a medida

que el tiempo pasaba. Estamos analizando los datos en estos casos para tratar de determinar si los cambios en las situaciones de la vida de los chicos o en tensiones específicas son responsables de las aparentes fluctuaciones en temperamento. Podemos encontrar que la inconsistencia del temperamento es, en sí misma, una característica básica en algunos chicos.

Cuando analizamos los perfiles comportamentales de los chicos en el empeño de encontrar correlaciones entre los nueve atributos individuales hallamos que ciertas características sí que se juntaban en racimos. Las agrupaciones definían tres tipos generales de temperamento (aunque algunos de los chicos no encajaban en ninguno de los tres).

Un tipo se caracteriza por un estado de ánimo positivo, regularidad de las funciones corporales, baja o moderada intensidad de reacción, adaptabilidad y, en vez del retiro, un acercamiento seguro a las nuevas situaciones. En la infancia, estos niños establecen pronto programas regulares de sueño y alimentación, son generalmente alegres y se adaptan rápidamente a las nuevas costumbres, alimentos nuevos y nuevas personas. A medida que crecen, aprenden rápidamente las reglas de juegos nuevos, participan prontamente en nuevas actividades y se adaptan fácilmente a la escuela. A este grupo le llamábamos el de los niños fáciles, porque presentan tan pocos problemas en el cuidado y formación. Aproximadamente el 40 por 100 de los chicos de nuestra muestra total podían colocarse en esta categoría.

En contraste, encontramos otra constelación de características que describían a los "chicos difíciles". Estos chicos son irregulares en cuanto a las funciones corporales, son generalmente de reacciones intensas, tienden a retirarse frente a estímulos nuevos, son lentos en la adaptación a los cambios del medio y, generalmente, negativos en su talante. Cuando infantes, con frecuencia son irregulares en alimentación y sueño, lentos en la aceptación de nuevos alimentos, tardan mucho tiempo en adaptarse a nuevas costumbres o actividades y tienden a llorar mucho. Su llanto y su risa son característicamente fuertes. La frustración hace que usualmente sean presa de un fuerte berrinche. Desde luego, estos niños son una prueba para sus padres y requieren un alto grado de correspondencia y tolerancia en su educación. Hacia el 10 por 100 de nuestra muestra estaba formada por chicos de éstos.

El tercer tipo de temperamento es el que despliegan esos chicos que decimos, que son "lentos de caldear". Tienen típicamente un nivel de actividad bajo, tienden a retirarse cuando se exponen por primera vez a nuevos estímulos, son lentos para adaptarse, son de talante algo negativo y responden a las situaciones con poca intensidad de reacción. Llegaban a constituir el 15 por 100 de la muestra de población que estudiamos. De aquí que el 65 por 100 de los chicos podía describirse como pertenecientes a una u otra de las tres categorías que podíamos definir; el resto tenía mezcla de rasgos que no permitía alcanzar una caracterización general.

Entre los 141 chicos que comprendía nuestra muestra total, 42 presentaba problemas de conducta que requerían atención psiquiátrica. No es sorprendente que el grupo de "chicos difíciles" dé cuenta de la mayor proporción de estos casos, que la proporción siguiente, en tamaño, esté a cargo de los chicos «lentos de caldear» y que la proporción más pequeña esté constituida por los "chicos fáciles". Hacia el 70 por 100 de los "chicos difíciles" se descubría que tenían problemas de conducta, mientras que de los "chicos fáciles" sólo el 18 por 100 los tenían.

En general, los chicos fáciles respondían favorablemente a los distintos estilos de crianza de niños. Sin embargo, en ciertas condiciones, su fácil adaptabilidad a la dirección paterna puede por sí misma llevar al desarrollo de un problema de comportamiento. Habiéndose adaptado prontamente a las normas y expectativas de los padres al comienzo de la vida, el chico, al pasar al mundo de sus iguales, puede encontrar que las exigencias de estos ambientes están en abierta oposición con las normas de conducta que ha aprendido en el hogar. Si el conflicto entre las dos series de exigencias es grave, el chico puede ser incapaz de hacer una adaptación que reconcilie

la doble norma.

Los resultados posibles de tal disonancia están ilustrados en el caso de una "niña fácil" que llamaremos Isabel. Criada por unos padres que concedían gran valor a la individualidad, la imaginación y la expresión de uno mismo, ella desarrolló estas cualidades en grado sumo. Cuando entró en la escuela, sin embargo, su trabajo se quedaba muy por debajo de sus capacidades intelectuales. Tenía dificultades no sólo para aprender, sino también para hacer amigos. Se encontró que el problema surgía de su resistencia a recibir instrucción de su profesor y a aceptar las preferencias en el juego de sus compañeros. Una vez que se reconoció la naturaleza del conflicto, se pudo remediar fácilmente en este caso. Aconsejamos a los padres que combinaran sus alientos a las afirmaciones de individualidad de Isabel, con esfuerzos por enseñarla como adherirse constructivamente a las actividades de su profesor y compañeros de escuela. Los padres adoptaron esta estrategia, y antes de los seis meses Isabel empezó a funcionar bien en la vida escolar.

En el caso de los "chicos difíciles" el problema de dirigirlos se halla presente desde el principio. Los padres tienen que habérselas con la irregularidad y lentitud con que el chico se adapta, a fin de establecer cierta conformidad para con las normas de vida de su familia. Si los padres son inconsecuentes, impacientes o punitivos en el manejo del niño es mucho más probable que éste reaccione negativamente. Sólo mediante un tratamiento consecuente, excepcionalmente objetivo, que tenga plenamente en cuenta el temperamento del chico, puede conseguirse que éste se entienda fácilmente con los demás y aprenda el comportamiento adecuado. Esto puede llevar mucho tiempo, pero con una experta dirección, estos chicos llegan a aprender las reglas y a funcionar bien. El requisito esencial es que los padres reconozcan la necesidad de una dirección inusitadamente esmerada; las tácticas que dan buenos resultados con otros chicos, pueden fallar en el caso del niño difícil.

Para los chicos comprendidos en la categoría de "lentos de caldear", la clave del desarrollo satisfactorio está en permitir al chico que se adapte al medio a su propio paso. Si el profesor o los padres de uno de estos niños le presionan para que pase rápidamente a una nueva situación, es probable que la insistencia intensifique su tendencia natural a retirarse. Por otra parte, no necesita que se le anime y se le ofrezcan oportunidades de probar nuevas experiencias. Hobby era un caso que viene a cuento. Sus padres nunca le animaron a participar en nada nuevo; simplemente apartaban de él las cosas que no le gustaban. Cuando de infante rechazaba un alimento nuevo dejándole escurrir de la boca, ellos lo eliminaban de su dieta. Cuando se apartaba de los otros chicos en el patio de juego, ellos le mantenían en casa. A la edad de 10 años Hobby vivía con una dieta que se componía principalmente de hamburguesas, compota de manzana y huevos a medio hervir, y en el juego era un "solitario". Cualquier actividad que requiriese verse expuesto a nuevas personas o nuevas exigencias era para él desagradable e incluso imposible. Sin embargo, era aficionado y se complacía en actividades que pudiera llevar a cabo solo y a su propia marcha.

En general, nuestros estudios indican que una exigencia que se oponga excesivamente a las características y capacidades de cualquier temperamento es probable que coloque al chico bajo una fuerte e incluso insoportable tensión. Esto quiere decir que los padres y los profesores tienen que reconocer lo que un chico específico puede y no puede hacer. A un chico con un alto nivel de actividad, por ejemplo, no se le debe exigir que permanezca sentado y quieto durante un viaje en automóvil que lleve ocho horas; deben hacerse paradas frecuentes que le permitan corretear y dar salida a su energía. De un chico persistente que no le gusta que le distraigan cuando tiene un proyecto entre manos, no debe esperarse que venga corriendo cuando se le llama, a menos que se le haya dicho por adelantado de cuánto tiempo dispondrá antes de que se le llame.

Es obvio que el conocimiento detallado de las características del temperamento de un chico puede representar una gran ayuda para los padres en la dirección del chico y para evitar que

se desarrollen problemas de conducta. De un niño que sea muy adaptable se puede esperar que acepte sin resistencia nuevos alimentos e incluso que los reciba bien. Por otra parte, un chico no adaptable, extremado, puede que necesite que se le ofrezca el mismo alimento en cada comida durante varios días hasta que llegue a aceptarlo; si la madre se lleva un alimento rechazado, prueba de nuevo unas semanas más tarde y lo retira de nuevo ante las protestas; el chico simplemente aprenda que, promovido el suficiente alboroto, se saldrá con la suya. Un chico adaptable al que se sorprende introduciendo cosas en los enchufes eléctricos, puede que sólo necesite una lección sobre el peligro que ello encierra para que abandone esta práctica; un chico que se distrae fácilmente, puede que sólo necesite que se le atraiga la atención hacia cualquier otra actividad; A un chico persistente habrá que apartarlo físicamente del riesgo.

Igualmente crucial es el conocimiento del temperamento de un chico en la situación escolar. Sus rasgos temperamentales afectan tanto a su acercamiento a la tarea de aprendizaje como a la manera de obrar recíprocamente con su profesor y sus compañeros de clase. Si las exigencias que la escuela le impone van a contrapelo de estos rasgos, el aprendizaje puede hacerse realmente difícil. De aquí que el profesor tenga necesidad de conocer no solamente las capacidades de aprendizaje que el chico tiene, sino también el estilo de su temperamento.

Un alumno que se agita demasiado, que juega continuamente con los lapiceros y otros objetos y se enreda en actividades con el estudiante que está junto a él, en suma, un chico con un alto nivel de actividad es obvio que requiere un trato especial. Si el profesor decide que el chico no quiere aprender y le trata de acuerdo con este supuesto, el joven está expuesto a concluir que él es estúpido o desagradable y puede reaccionar con una conducta incluso peor. El mejor consejo al profesor es el de que evite expresiones de fastidio y que proporcione al chico canales constructivos para su energía, tales como mandarle a hacer los recados necesarios, limpiar la pizarra y cosas así. De modo análogo, el chico "lento de caldear" requiere paciencia, ánimos y la repetida exposición a la tarea de aprendizaje hasta que se familiarice con ella y se sienta cómodo al intentarla. Los chicos que tienen la "difícil" constelación de rasgos presentan, por supuesto, el problema más abrumador. Responden deficientemente a la actitud permisiva del *laissez faire* del profesor, y de malos modos a las tareas de aprendizaje que no pueden dominar inmediatamente. El profesor tiene que ser firme y paciente; una vez que se ha ayudado al chico a superar las dificultades del periodo (que puede ser largo) del aprendizaje de las reglas o de familiarizarse, con la nueva tarea, funcionará bien y confiadamente, El tratamiento del *laissez faire* es también perjudicial para los jovencitos de persistencia deficiente, que fácilmente se distraen de su trabajo. Un chico de éstos tendrá una actuación pobre si se le exige poco y se esperan de él pocas realizaciones. Debe exigírsele que rinda al máximo de sus posibilidades.

La suprema conclusión de nuestros estudios es la de que el debate sobre la importancia relativa de naturaleza y crianza no hace sino confundir el asunto. Lo que es importante es la interacción entre las dos: entre las características propias del chico y las circunstancias que le rodean. Si se armonizan las dos influencias, puede esperarse el sano desarrollo del niño; si son disonantes, es casi seguro que se sigan problemas de conducta.

De ello se sigue que el pediatra que se proponga supervisar el cuidado de un niño recién nacido debe familiarizarse con las características temperamentales y físicas de su joven paciente. Entonces estará en condiciones de proporcionar a los padres el consejo adecuado sobre el cese de la lactancia natural, el adiestramiento en cuanto al aseo y el tratamiento de otras necesidades a medida que el niño se desarrolla. Del mismo modo, si se presenta un trastorno en el comportamiento, el psiquiatra necesitará conocer tanto el temperamento del chico como las exigencias ambientales en conflicto con él, a fin de encontrar un provechoso curso de acción. Su función entonces será con frecuencia la de guiar más bien que la de "tratar" a los padres. La mayoría de los padres, una vez informados de los hechos, pueden cambiar su trato para conseguir una interacción más sana con el chico.

La teoría y la práctica en psiquiatría tienen que tener muy en cuenta al individuo y su singularidad: cómo los chicos difieren y cómo estas diferencias actúan para influenciar su desarrollo psicológico. Un ambiente dado no tendrá una significación funcional idéntica para todos los chicos. Mucho dependerá de la disposición temperamental del niño. A medida que aprendemos más cómo obran entre sí las actitudes y prácticas específicas de los padres y otros factores específicos del ambiente, con los atributos específicos temperamentales, mentales y físicos de los chicos individuales, deberá ser considerablemente más fácil fomentar el desarrollo saludable del niño.